

Un interrogante para la paz europea

EL fin del Pacto de Varsovia en julio de 1991 no ha producido la disolución de la OTAN, como cabía esperar. ¿Qué sentido tiene una alianza defensiva cuando el enemigo ha desaparecido del horizonte? ¿Qué nuevos factores hacen necesaria esta organización? ¿Hacia dónde se quiere dirigir la seguridad occidental? Todas estas preguntas no han sido contestadas a los ciudadanos. Según nuestros gobernantes, la seguridad europea se halla más asentada, pero no nos explican de forma pública y clara los nuevos motivos de la continuidad, así como los nuevos factores de inestabilidad ante los que hay que defenderse. España, miembro pleno de la organización a pesar de referéndum de 1986, se mantiene dentro del mundo occidental, pero necesitaríamos una mayor información sobre el alcance de los compromisos internacionales que sigue llevando a cabo.

En este contexto, el pasado 27 de mayo hemos podido seguir por los medios de comunicación la firma del acuerdo entre Rusia y la OTAN. Hay que reconocer que, tras la firma, se acaba con el modelo de relaciones internacionales que ha imperado en este siglo. Por un lado, el fin del bloque soviético a partir de 1989 no ha

supuesto la humillación del vencido como en Versalles o Yalta. Más bien, se ha tratado de mantener las fronteras establecidas y no exigir demasiadas condiciones a Rusia que, en otro caso, llevarían a peligros imprevisibles. Por otro lado, se pone fin a cincuenta años de tensiones generadas por dos bloques opuestos ideológica, política y económicamente tras la Segunda Guerra Mundial. Se trata de establecer un nuevo marco de relaciones donde la inestabilidad no parte ya de la oposición frontal entre unos y otros, sino del poderío militar "defensivo" que ambas partes mantienen tras años de fuertes políticas armamentísticas.

En definitiva, aunque el marco internacional actual ha cambiado respecto a todo el conjunto del siglo XX, encontramos que los factores de seguridad, estabilidad y equilibrio siguen girando alrededor de Rusia, Europa y Estados Unidos. La amistad y la cooperación posible de estos tres núcleos geopolíticos marcan la pauta de las relaciones mundiales. Con el Acta Fundacional sobre relaciones mutuas, cooperación y seguridad firmado en París, se declaran las intenciones en materia de seguridad con vistas a un futuro más estable en el continente.

La nueva OTAN y la nueva Rusia

TRAS 1991, la Alianza ha ido buscando su papel en el nuevo concierto mundial. Todavía hoy, esta organización se halla configurando su identidad. Con la Nueva Iniciativa Atlántica (Praga, mayo de 1996) se ha dado un marco más amplio al atlantismo. Según sus promotores (H. Kissinger, M. Thatcher, V. Havel,...), hay que seguir defendiendo a Occidente ante diversos problemas que puedan dañar el modelo capitalista y democrático de libertades individuales. Los conflictos mundiales no son ya tan previsibles como antes. Ahora el mundo no occidental

presenta focos mayores de incertidumbre y Occidente ha de estar preparado para ello. Con estos presupuestos un tanto neoimperialistas, la OTAN trata de renacer desde una visión más marcadamente conservadora, aunque todavía por concretar y definir, con la misión de asegurar el futuro de Occidente bajo la batuta y el patrón de Estados Unidos, ante una Unión Europea dubitativa y centrada en su propia estructuración.

EL principal foco de atención para mantener la estabilidad y la seguridad parte de unas nuevas relaciones con Rusia y sus antiguos aliados. Por un lado, el imprevisible gigante ruso mantiene su poderío nuclear con 10.000 misiles de medio y corto alcance, que afectarían principalmente a Europa en caso de conflicto.

Los acuerdos START-II sólo se ocupan de los misiles intercontinentales y necesitarían una tercera fase que iniciara la reducción de los que amenazan a Europa. Por otro lado, Polonia, República Checa y Hungría han pedido su ingreso formal en la Alianza que, con toda seguridad, recibirá su aprobación final en la Cumbre de Madrid de este verano. Otros como Rumania, Bulgaria y Eslovenia se hallan también inclinados a esta opción.

El recién inaugurado marco de relaciones entre estados obliga a Rusia a aceptar la entrada de nuevos miembros, a pesar de las presiones paneslavas en su interior y el evidente sentido de pérdida de seguridad que eso supone ante su antiguo enemigo, la OTAN. La iniciativa internacional ha partido de Estados Unidos que, una vez más, consolida su papel de árbitro en los grandes conflictos mundiales. Los órganos que mantendrán el equilibrio europeo serán los propuestos e iniciados por la Alianza, como son la Asociación para la Paz (órgano operativo conjunto para intervenciones pacíficas), el Consejo de Asociación Euroatlántico (foro diplomático de planificación, elaboración y ejecución de planes comunes de aliados y socios unido a la Asociación para la Paz) y el Consejo de Cooperación del Atlántico Norte (foro de

consulta y cooperación política). La pérdida de una política de seguridad europea se muestra en el poco papel que se le da al foro multilateral continental, la Organización de Seguridad y Cooperación en Europa, al que poco a poco se le resta relevancia ya que no cuenta entre sus miembros a los Estados Unidos.

El Acta Fundacional de París

CON este encuentro, Rusia acepta la ampliación de la Alianza a los antiguos países del Este, ya reseñados. Por contra, se cierra la posibilidad de entrada a antiguos miembros de la URSS, como los países bálticos, Ucrania o Bielorrusia. Además, Rusia se integrará en un consejo permanente con la OTAN en el que se le da voz para asuntos internacionales, mitigando así su sensación de aislamiento. Lo que no ha conseguido Rusia es que su capacidad se amplíe al derecho a veto y a voto en el marco de ese consejo. Además, Rusia seguirá cooperando en las organizaciones de seguridad europeas, así como en posibles conflictos en los que sea necesario intervenir, como ya ocurrió en Bosnia.

La Alianza Atlántica declara, por su parte, que en la actualidad "no tiene ni intención, ni proyecto ni razón" para un mayor despliegue militar, nuclear o convencional, en las cercanías de las fronteras rusas ya que, con la entrada de Polonia, Rusia tendrá fronteras con la OTAN por primera vez en la historia. Con esto se trata de evitar que el oso ruso pueda sentirse amenazado y aislado ante Occidente. Sin embargo, el tipo de documento que se firma no es legalmente vinculante y no va a ser ratificado por los parlamentos de cada estado miembro de la Organización. No se trata, por tanto, de una alianza entre ambas partes en las que se cierre la posibilidad de un despliegue futuro, sino de ofrecer un marco de acuerdos en los que se integre la estabilidad

europaea con la seguridad de cada estado. Rusia asegura, de este modo, un concierto pacífico con Occidente.

Seguridades e incertidumbres

CON este paso dado en París, se abre el camino hacia el siglo XXI. Estados Unidos se mantiene como único polo del orden mundial, liderando las relaciones internacionales según sus intereses y ofreciendo a Europa las líneas en las que se tiene que desenvolver. Rusia ha preferido ceder, con gran sentido pragmático, en su política exterior a cambio de entrar en el Grupo de los Siete y de recibir nuevas ayudas del F.M.I. Europa se mantiene en compás de espera ante los múltiples problemas que plantea su unificación y la imposibilidad evidente de aislarse de su aliado americano.

Sin embargo, el acuerdo ofrece diversas incertidumbres.

Como declaración de principios pone las bases de una convivencia en paz, pero no la asegura totalmente ni crea las condiciones óptimas para su desarrollo. Como decía Bismarck, «Rusia no es tan fuerte ni tan débil como parece». En la actualidad Rusia necesita este pacto, pero en el futuro por su potencialidad geoestratégica necesitará rasgar el esquema monopolar occidental. Probablemente, la tendencia vaya hacia el reforzamiento de las relaciones con China, tal como ya comenzó a plasmarse en el acuerdo ruso-chino sobre la reducción de armas nucleares del pasado mes de abril. Finalmente, Rusia mantiene una situación inestable, con un sistema político en tránsito hacia la democracia y con fuertes problemas económicos de carácter estructural. Además, Yeltsin deberá convencer a su difícil electorado sobre un pacto que limita su papel internacional y en el no le ha quedado otro remedio que transigir.

Finalmente, se echa de menos un sentido internacionalista democrático para la resolución de conflictos o de tensiones entre diversas potencias. Los

ciudadanos, como decíamos al principio, no están bien informados por sus gobernantes y, desgraciadamente, no encuentran posibilidades para participar en las decisiones. La ONU podría articular este tipo de iniciativas ciudadanas, pero no se halla presente en decisiones como la de París, y tampoco las grandes potencias muestran interés por su liderazgo internacional. Para que el interrogante sobre la seguridad europea y mundial se pueda solucionar, sigue siendo necesario un nuevo sistema de equilibrio basado en la justicia y en la igualdad, y no en oscuras pretensiones hegemónicas.